

te bendiga! — exclamaron multitud de voces, en la habitación.

Sin embargo, el ojo del maestro de equitación percatóse de la botella de nueve aceites que Sissy estrechaba contra su pecho, y dijo de nuevo :

— Deja aquí eza botella, querida; dura ez de llevar y ahora no te zervirá de nada. Dámela.

— ¡No, no! — exclamó ella, con nuevo arranque de dolor. — ¡Oh, no! Quiero guardarla para papá. Cuando regrese, la necesitará. No pensaba irse, cuando me encargó que la fuera á buscar. Permítame que la guarde para él.

— Como quieras, querida (Ya vé V., caballero). Vamoz, adióz, Cecilia. Miz últimaz palabraz zon de que no faltez á laz condicionez impueztaz, obedeciendo al caballero y olvidándonoz. Pero zi, cuando zeaz grande, cazada y rica, vez acazo á una compañía de acróbataz, no te mueztrez dura con ella ni orgulloza; protéjelo, pidiéndolez un ezpectáculo, zi puezdez, y pienza que podríaz hacer coza peor. Conviene que la gente ze divierta de un modo ú otro, caballero — continuó Sleary, volviéndose más asmático con ese derroche de palabras — No ziempre ze puede trabajar, no ziempre ze puede aprender. Trata de zacar partido de nozotroz, en vez de irritarnoz con tu dezprecio. Ziempre

me he ganado la vida en la equitación, y conzihero que le ezplico la filozofia de la coza, diciéndole : Caballero, háganoz zervir para algo, antez que dezpreciarnoz.

Esta lección de filosofía sleariana se dió desde lo alto de la escalera á los caballeros que bajaban; y el ojo fijo del filósofo, así como el movable, perdieron pronto de vista á los tres personajes y el cesto, los cuales desaparecieron en las tinieblas de la calle.

## CAPÍTULO VII

### LA SEÑORA SPARSIT

Como el señor Bounderby era soltero, cuidaba de su interior doméstico una señora ya entrada en años, mediante cierta retribución anual. Esta señora se llamaba Sparsit; y puedo asegurarnos que ocupaba un rango muy distinguido, entre los criados uncidos al carro del señor Bounderby, en el cual ese fanfarrón de humildad se cuadraba con aire de triunfo.

No sólo la Sra. Sparsit había pasado en su existencia mejores días, sino que estaba emparentada con familias de pro. Una tía de ella, aun en vida, se llamaba lady Scadgers. El di-

funto Sparsit, de quien era ella viuda, llevaba de parte de su madre el nombre de « Powler ». Sucedia á menudo que extranjeros sin instrucción y de inteligencia limitada no sabían lo que era un Powler; otros había que parecían preguntarse si esa palabra quería dar á entender una profesión, un partido político ó alguna secta religiosa. Sin embargo, los espíritus más elevados conocían perfectamente que los Powlers eran de linaje antiguo, que buscaban sus antepasados muy lejos, con peligro de extraviarse en el camino, lo que les ocurrió con bastante frecuencia, gracias á las carreras de caballos, á la ruleta, á los prestamistas judíos y á las quiebras.

El difunto señor Sparsit, que descendía de los Powler por su madre, se había, pues, casado con esa señora, que descendía por su padre de los Scadgers. Lady Scadgers (vieja enormemente gruesa, con un desordenado apetito por la carne, tenía una pierna misteriosa que, desde catorce años, rehusaba saltar de la cama) había arreglado ese matrimonio en la época en que dicho Sparsit acabara de llegar á su mayor edad, haciéndose notar sobre todo por su cuerpo delgado, sostenido débilmente por dos piernas largas y entecas, con la cabeza prominente, de modo que daba pena hablar de él. Había here-

dado de su tío una asaz importante fortuna, que había empeñado hasta el último céntimo, antes de cobrarla, habiendo también hallado modo de gastarla dos veces consecutivas, inmediatamente después. Además, murió á los veinticuatro años (la escena tuvo lugar en Calais y la enfermedad fué el aguardiente), dejando en situación muy precaria á la viuda, de la que se separó poco tiempo después de la luna de miel. La viuda inconsolable, que contaba quince años más que él, no tardó en enemistarse con lady Scadgers, única parienta que le quedaba; y consintió en entrar al servicio de una casa, bajo salario, ya para fastidiar á milady, ya para procurarse medios de subsistencia. Catadla, pues, en sus viejos años, á pesar de la soberbia nariz á la Coriolano y sus pobladas cejas negras, que conquistaran al señor Sparsit, catadla haciendo el te para el señor Bounderby, mientras que éste se sienta para almorzar.

Si Bounderby hubiera sido un conquistador y la señora Sparsit una princesa cautiva, incorporada á su séquito, como accesorio de su cortejo triunfal, no hubiera podido hacer, respecto de ella, más ruido del que hacía. Del mismo modo que su vanidad le llevaba á deprimir su propio origen, exaltaba el de la señora Sparsit. Como no quería admitir que su

juventud se señalara por alguna contingencia feliz, se complacía también en embellecer la existencia juvenil de la señora Sparsit con una aureola de bienestar, sembrando innumerables rosas en el camino recorrido por la dama.

— Y, sin embargo, caballero — tenía costumbre de decir, á manera de conclusión — ¿cómo ha terminado ello, después de todo? Vedla ahora que, por cien libras (1) anuales (le doy cien libras, y tiene la bondad de considerar mi don generoso) dirige la casa de Josué Bounderby de Cokeville.

Hacía resaltar tan á menudo este vivo contraste, que algunas personas se apoderaron de tal arma y consiguieron manejarla con destreza. Uno de los rasgos lastimosos de Bounderby era que, no sólo tocaba él mismo su trompeta, sino que animaba á los demás para que le repitieran el eco. No se podía acercar uno á él, sin que se contagiara de su espíritu jactancioso. Algunos extranjeros, que en los demás sitios se portaban con moderación, levantábanse de súbito, al final de un banquete de cokeburgueses, y ponían á Bounderby en las nubes con discursos de una elocuencia servil. Según ellos, Bounderby representaba las insi-

(1) 2.500 francos.

gnias de la realeza, el estandarte de Inglaterra, la gran carta, John Bull, el *habeas corpus*, los derechos del hombre. « La casa de un inglés es su castillo fuerte », la Iglesia y el Estado, ... Dios proteja á la reina : todo esto se resumía en Bounderby. Y cuando alguno de los oradores, como ocurría siempre, citaba en su peroración este distico tan conocido : « — Los principes y lores pueden rodar por el suelo ; — el soplo que los hizo puede también deshacerlos », el auditorio quedaba más ó menos convencido de que se refería á la señora Sparsit.

— Señor Gradgrind — dijo la señora Sparsit — se entretiene V. en su almuerzo más que de ordinario.

— Ya verá, señora — respondió. — Pienso en la genialidad de ese Tom Gradgrind (Tom Gradgrind, con acento de despreocupación y de independencia, como si alguien se hubiera empeñado en hacerle decir Tomás y no lo hubiera conseguido, á pesar de ofrecerle sumas exorbitantes); en esa genialidad de Tom Gradgrind, que se ha metido entre ceja y ceja la educación de esa pequeña saltimbanqui.

— Precisamente la chiquilla aguarda — dijo la señora Sparsit — que se le diga si debe ir directamente á la escuela ó empezar por llegarse á Pedro-Loge.

— Es preciso que aguarde, señora — respondió Bounderby — hasta que yo mismo sepa lo que debe hacer. Presumo que no tardará en venir Tom Gradgrind. Si quiere que permanezca un día ó dos más en nuestra casa, podrá quedarse aquí, naturalmente, señora.

— Desde luego podrá quedarse, si así lo dispone V., señor Bounderby.

— Anoche ofrecí á Tom Gradgrind levantar una cama en algún sitio para la chiquilla, de modo que tuviera una noche para reflexionar, antes que decidirse á establecer relaciones entre Luisa y la hija del señor Jupe.

— ¿De veras, señor Bounderby? Esto es muy prudente por parte de V.

La nariz coriolanesca de la señora Sparsit experimentó una ligera dilatación en sus ventanas, y sus negras cejas se contrajeron, mientras sorbía un poco de té.

— Entiendo — expuso Bounderby — que la gatita esa no sacará ventaja alguna de tal sociedad.

— ¿Habla V. de la señorita Gradgrind, señor Bounderby?

— Sí, señora; hablo de Luisa.

— Como solo decía V. una gatita — dijo la señora Sparsit — y se trataba de dos niñas, no comprendía bien lo que quería V. indicar.

— Luisa — repitió el señor Bounderby — Luisa, Luisa.

— Es usted como un segundo padre de Luisa, señor.

La señora Sparsit tomó otro sorbo de té; y, mientras inclinaba otra vez sus cejas fruncidas sobre el vapor de la taza, su semblante clásico parecía absorto en la evocación de las divinidades infernales.

— Si hubiere dicho V. que soy un segundo padre para Tom, el joven Tom, y no mi amigo Tom Gradgrind, se hubiera V. ajustado á la verdad. Pues voy á dar un empleo á Tom en mi despacho. Lo cobijaré con mis alas, señora.

— ¿De veras? ¿No es demasiado joven para eso, señor?

El « señor » de la señora Sparsit, dirigido al señor Bounderby, era palabra de gran ceremonia, antes para darse importancia á sí propia que para rendir homenaje á su burgués.

— No lo tomaré en seguida. Precisa que antes le atiborren de ciencia y que termine su educación — dijo Bounderby. — ¡Por lord Harry! Contando mucho, habrá tenido bastante. Que ojos más grandes abría ese chico, si supiera los menguados conocimientos que yo tenía á su edad (El joven Tom no lo ignoraba, entre paréntesis, pues se lo había repetido con bas-

tante frecuencia.) Extraordinaria es la dificultad que tengo de hablar de un sin fin de cosas con el primero que venga en pie de igualdad. He ahí, por ejemplo, que toda la mañana hablo á V. de acróbatas. ¿Acaso puede conocer una mujer como V. á esa gente? En la época en que el permiso de hacer ejercicios aeróbicos en el cieno hubiese sido para mí una buena suerte, la lotería de mi existencia, usted se hallaba en los Italianos. Salía V. de la Opera, en traje de seda blanca y cubierta de joyas, radiante y deslumbradora, mientras yo no tenía siquiera dos perros para comprar la antorcha que debía iluminarla hasta su coche.

— Cierto es, señor — respondió la señora Sparsit, con dignidad triste y serena — que fuí muy temprano una de las concurrentes asiduas de la Opera italiana.

— A fe mía, en cuanto á eso, también yo he sido uno de los concurrentes á la Opera — dijo Bounderby — sino que estaba al otro lado de la puerta. Puedo asegurarle que el pavimento de sus arcos era una cama bastante dura. Gente como V., señora, habituada desde la infancia á dormir en plumazón, no puede formarse concepto de la dureza de una cama empedrada. Hay que probarlo. No; no vale la pena de hablar de acróbatas á una dama del rango de V. Antes

debiera hablarle de bailarines extranjeros, del barrio elegante de Londres, de fiestas, de lores, de ladies y de honorables.

— Me inclino á creer, señor — repuso la señora Sparsit, con resignación decente — que no es necesario que usted se ocupe en tales cosas. Juzgo que he aprendido ya á someterme á las vicisitudes de la vida. Prefiero oír el relato instructivo de los percances de V., que nunca me repetirá bastante; y si me inspiran mucho interés, no es gran mérito y me guardaré de lisonjearme por ello. Entiendo que todos hallan el mismo placer en esa narración.

— Es posible, señora — dijo su patrono — que exista gente bastante obsequiosa para decir que le gusta escuchar, á despecho de la franqueza grosera de su lenguaje, las pruebas por que debió pasar Josué Bounderby de Cokerville. Pero usted, señora, se vé obligada á confesar que nació en el seno de la opulencia. Veamos ¿sabe V. bien que nació en el seno de la opulencia?

— No puedo — replicó la señora Sparsit, inclinando la cabeza. — No puedo negarlo, señor.

El señor Bounderby se vió obligado á abandonar la mesa, colocándose delante del fuego, para observarla mejor, tan satisfecho estaba del relieve que la daba.

— Y ¿usted frecuentaba la sociedad más encopetada? Una sociedad extraordinariamente educada, — añadió, calentándose las pantorrillas.

— Es verdad, señor — replicó la señora Sparsit, con una afectación de humildad, contraria á la del señor Bounderby — Ello ahuyentaba todo peligro de conflicto.

— Usted se contaba entre la gente más empingorotada, y así por el estilo — dijo el señor Bounderby.

— Si, señor — respondió la señora Sparsit, con cierto aire de viudedad social. — Esto, esto es indiscutible.

El señor Bounderby, doblando sus rodillas, abrazó literalmente sus mismas piernas, en señal de satisfacción, echándose á reír muy alto. En aquel momento anunciaron al señor Gradgrind y su señorita : recibió al primero con un apretón de mano y á la segunda con un beso.

— ¿Puede hacer venir aquí á Jupe, Bounderby? — preguntó el señor Gradgrind.

— Ciertamente.

Llegó Jupe. Al entrar, saludó al señor Bounderby, á su amigo Tom Gradgrind é igualmente á Luisa ; pero tuvo la desgracia, en su turbación, de olvidarse de la señora Sparsit. El tem-

pestuoso Bounderby, que advirtió la falta, creyó oportuno hacerle las observaciones siguientes :

— ¡ Ah! ya. Te diré una cosa, niña. Esta dama, que ves junto á la tetera, se llama señora Sparsit. Ocupa aquí el lugar de directora de la casa. Por consiguiente, si otra vez tienes que entrar en una habitación cualquiera de esta casa, harás en ella una estancia corta, de no portarte, tocante á la señora, con todo el respeto de que seas susceptible. Ya sabes que me burlo, como del año cuarenta, del modo que obres respecto á mí; pues no tengo la pretención de ser algo. Lejos de tener padres de alcurnia, carezco absolutamente de ellos, y he salido de la escoria de la sociedad. Pero quiero que trates á esa señora con la deferencia y respeto debidos, pues de lo contrario no serás recibida aquí.

— Me inclino á creer, Bounderby — dijo el Sr. Gradgrind, en tono de conciliación — que Jupe sólo es culpable de una simple inadvertencia.

— Mi amigo Tom Gradgrind cree estar seguro, señora Sparsit — dijo Bounderby — que esa niña sólo es culpable de una simple inadvertencia. Esto me parece lleno de probabilidad. Pero usted sabe muy bien, señora, que no permito que se le falte al respeto, aunque sea por inadvertencia.

— Es usted muy bueno, señor — replicó la señora Sparsit, inclinando la cabeza con pomposa humildad. — No vale la pena de hablar de ello.

Sissy que, durante este coloquio se había excusado débilmente, fué entregada con los ojos en lágrimas al señor Gradgrind y con un gesto del dueño de la casa. Permaneció inmóvil, con la mirada fija en su protector, y Luisa estaba, por su parte, junto á su padre, con el semblante frío y los ojos bajos, mientras el Sr. Gradgrind proseguía :

— Jupe, he decidido llevarte á mi casa y ocupar parte en ella, cuando no estés en la escuela, de modo que ayudes á la señora Gradgrind, que no disfruta de buena salud. He explicado á la señorita Luisa (aquí presente) el término desgraciado, pero natural, de tu carrera; y hay que entender de modo expreso que olvidarás todo tu pasado, no debiendo hacer nunca alusión á él. Sólo desde hoy empieza tu historia. Ya sé que hasta aquí has sido ignorante.

— Sí, señor; muy ignorante — respondió ella, con una reverencia.

— Tendré la satisfacción de educarte de modo positivo; y para todos aquellos con quienes te relaciones, serás una prueba viviente de las ventajas del sistema que presidirá á tu educación. Vas á ser realzada y restaurada. ¿ Acos-

tun bratas á leer delante de tu padre y de las personas con quienes te he encontrado? — preguntó el Sr. Gradgrind, indicándole con una seña que se acercara y bajando la voz, al formular esta pregunta.

— Sólo leía delante de papá y de Pata-alerta, señor. Dispénsame, quería decir de papá, aunque Pata-alerta estaba siempre allí.

— Dejemos á Pata-alerta, Jupe — dijo el Sr. Gradgrind, que había fruncido el ceño. — Esta no es la pregunta. ¿ Tenías costumbre de leer delante de tu padre?

— ¡ Oh! sí, señor; mil y mil veces. Eran aquellos los días más felices... ¡ oh, señor, los días más felices que hemos pasado juntos!

Solo en este instante, en que su dolor se puso de manifiesto, Luisa la contempló.

— Y ¿ qué clase de libros — preguntó el Sr. Gradgrind, con voz más baja aún — leías á tu padre, Jupe?

— Cuentos de hadas, señor. La historia del Enano, del Jiboso y de los Genios — dijo ella, sollozando — y del...

— ¡ Chitón! — dijo el Sr. Gradgrind. — Está basta. No soples nunca palabra de esas tonterías peligrosas. Bounderby, hé ahí un buen asunto para una educación en regla, que seguiré con el mayor interés.

— Sea — respondió Bounderby — ya le di mi opinión: yo no hubiera obrado como V. Pero muy bien, muy bien, ya que V. lo quiere.

De esta manera fué como el Sr. Gradgrind y su hija llevaron Cecilia Jupe á Pedro-Loge. Durante el camino Luisa no dijo una palabra, ni buena ni mala. El Sr. Bounderby, por su parte, se fué á sus ocupaciones ordinarias. En cuanto á la señora Sparsit, se recogió en la sombra de sus cejas formidables, quedándose toda la noche meditando en la profunda oscuridad de ese retiro.

## CAPÍTULO VIII

### NO HAY QUE SORPRENDERSE NUNCA

Demos nuevamente la nota tónica, antes de continuar nuestra canción.

Cuando tenía media docena de años menos, sorprendieron á Luisa un día hablando con su hermano en estos términos: « Tom, me sorprende que... » Oyendo este prelude de conversación, el Sr. Gradgrind se presentó y dijo: « ¡Luisa, no hay que sorprenderse nunca! »

Esta frase constituía el resorte del arte mecánico y misterioso de cultivar la razón, sin des-

cender á preocuparse de los sentimientos y afectos. Por medio de la suma, de la resta, de la multiplicación y de la división, arreglado todo de cualquier manera y no os sorprendais jamás.

— Traedme — dijo Mac Choakumchild — á esa niña que apenas sabe andar y os garantizo que no se sorprenderá más.

Además de una porción de niños que apenas sabían andar, resultaba que en Cokeville había una población de chicuelos que marchaban al infinito desde largo tiempo, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años y más: como esos niños monstruosos eran seres que no podían pasear sus cuerpos en medio de ninguna sociedad humana, sin ser causa de inquietud, las dieciocho sectas religiosas no cesaban de arañarse el rostro y de arrancarse mutuamente los cabellos, so pretexto de llegar á una inteligencia respecto al mejor método que había que seguir para corregirlos. ¡Vano empeño! ¿No sorprende pensar en la manera como los medios empleados se adaptaban felizmente al objeto que perseguían? Sin embargo, aunque discrepasen sobre los demás puntos concebibles ó inconcebibles (sobre todo en los inconcebibles) estaban casi de acuerdo respecto á la prohibición de que esos niños desgraciados se extrañasen jamás. La secta numero 1 decíales